

Amin Maalouf

# Nuestros inesperados hermanos

Traducción del francés  
de María Teresa Gallego Urrutia  
y Amaya García Gallego

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Nos frères inattendus*

Primera edición: 2020

Cuarta edición: 2023

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsuarez.com](http://www.elsuarez.com)

Fotografía: © Dirk Wustenhagen / Trevillion Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © Éditions Grasset & Fasquelle, 2020
- © de la traducción: Marís Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, 2020
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1148-346-9  
Depósito legal: M. 10.095-2023  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# PRIMERA LIBRETA

*NIEBLAS*

«So foul a sky clears not  
without a storm.»<sup>1</sup>

SHAKESPEARE, *King John*

---

1. Tan turbio cielo pide una tormenta.



*Martes, 9 de noviembre*

La lámpara de doscientos vatios parpadeó en el techo como una raquílica vela de iglesia y se apagó.

Contuve el aliento. Estaba trazando con tinta china la línea final de un dibujo y la mano se me paró en seco. Luego se alzó despacio, en vertical, para evitar manchas.

Fuera había tempestad, como estaba anunciado. No es nada infrecuente en esta estación del año, en las inmediaciones del Atlántico. Lluvias, ráfagas de viento y relámpagos. Y, de fondo, el sonido de los truenos. Que, entre bramido y bramido, siguen rezongando.

Al principio, no me preocupé. No estaba ni siquiera irritado. De todas formas, estaba a punto de terminar la jornada. Debían de ser las siete y media o poco más. El dibujo estaba acabado. Una última ojeada mañana por la mañana, unos cuantos retoques, la firma, y a mandarlo.

Encontré a tientas el capuchón del estilógrafo y lo tapé por temor a que se secara la punta. Luego, siempre a tientas, con un gesto habitual, alargué la mano hacia la radio que tengo en el extremo de la mesa.

Está siempre sintonizada en la misma emisora, *Atlantic Wave*, que emite en onda larga desde Cornualles.

Su selección musical pocas veces me defrauda, y cada hora emite un boletín informativo que considero de fiar puesto que le importa todo cuanto afecta al planeta y no solo las hazañas del equipo de *rugby* de Bournemouth.

Eso exactamente era lo que necesitaba al final de este día. Una música amiga que me hiciera compañía en la oscuridad forzosa. Luego, al cabo de diez minutos, o de veinticinco, noticias del resto del mundo, leídas con voz cristalina y reconfortante por Barbara Greenville.

De la radio salió un pitido. Ni música ni Barbara. Solo un pitido en dos tiempos que subía y luego se debilitaba, igual que una señal de alarma. Pero sin el toque estridente. Más bien sedante, diría yo... Recorrí con paciencia toda la banda LW, y luego la MW, y luego la FM. En todos lados ese pitido invariable, como si todas las frecuencias se hubieran unido en una sola.

¿Se habría estropeado la radio? Cogí una linterna de la estantería que tengo encima de la cabeza para ir a mi cuarto, donde hay otra radio al lado de la cama. Más vieja y más pesada. La encendí. El mismo pitido. Estrujé unos cuantos mandos muy poco convencido. No, no era una avería. Tendría que haber caído en la cuenta en el acto. Una radio funciona o se calla cuando se le han acabado las pilas. Como mucho, si se ha llevado un golpe, puede emitir un zumbido continuo. Nunca ese pitido modulado. De todas formas, lo tenía claro: ¡no puede haber dos radios con la misma avería al mismo tiempo!

Pero entonces, ¿de qué se trata? ¿Qué ha ocurrido?

De repente lo entendí. Al menos, creí entenderlo. Y me desplomé en la cama agarrándome la cabeza con las manos.

¡Señor! ¿Será posible que lo hayan hecho?

¡Los muy cabrones! ¡Los muy pirados!

Debí de repetir diez veces seguidas «¡Los muy cabrones! ¡Los muy pirados!», en voz baja y en voz alta. Luego me incorporé. Sostuve el teléfono en la mano sin saber aún a quién llamar. A mi ahijada quizá, Adrienne, que vive en París... No había cobertura, por supuesto. También el teléfono está muerto.

Han pasado cuatro o cinco horas, pero sigo con las mismas palabras en la cabeza.

¡Los muy cabrones! ¡Los muy pirados! ¡Se han atrevido a hacerlo!

Pues en el momento en que escribo estas líneas, tengo razones para creer que acaba de ocurrir una tragedia. No un desastre natural, sino un apocalipsis brutal obra de la mano del hombre. El follón postrero de nuestra especie. Que va a poner punto final a esos cuantos millares de años de historia. Que echará el telón a nuestras venerables civilizaciones. Y que, ya de paso, nos matará a todos. Esta misma noche. O quizá mañana bien temprano...

Dejo de escribir. Vuelvo a leer lo que he escrito. Y muevo la cabeza con espanto e incredulidad. ¡Nunca habría pensado que iba a poder tomar nota de una abominación semejante con mano casi firme!

Lo que me sirve de cierto sostén en esta prueba, además de la rabia, es que se mantenga la incertidumbre. Sí, todavía tengo la esperanza de que las próximas horas desmientan lo que barrunto. Pero es cierto que los acontecimientos de las últimas semanas daban pie, a quienes los hubieran seguido, para temer lo peor.

También es cierto que las averías varias no presagian nada bueno. No tanto la de la luz, que es habitual en las temporadas de inclemencias, ni la del móvil, que aquí siempre ha funcionado de forma errática; ni siquiera la de las emisoras de radio; sino, más que cualquier otra cosa, la coincidencia de esas disfunciones. ¿Casualidad sin más? Me cuesta creerlo.

Si quisiera que estas páginas fueran más rigurosas, debería dedicar tiempo a hablar detalladamente de los acontecimientos a los que acabo de referirme. Me pondré a ello cuando tenga la cabeza más despejada. Por ahora no me siento capaz ni de organizar las ideas ni de formular hipótesis. Como mucho, puedo decir lo que oigo o lo que he dejado de oír, lo que veo o lo que he dejado de ver, lo que noto y las reminiscencias que me alteran.

Me quedé un buen rato echado en la cama, totalmente a oscuras. Pegado al oído, el teléfono mudo. Y en la radio ese pitido modulado. Fuera, la tempestad había amainado un poco. La lluvia había dejado de tabalear en las tejas y en el ventanal que la noche había convertido en un espejo ahumado.

De repente, me entraron ganas de hablar con alguien, de inmediato. Más que ganas, era una exigencia imperiosa. Como si la soledad hubiera empezado a oprimirme físicamente el pecho. Y, por primerísima vez desde hacía doce años, me arrepentí de no vivir ya en una ciudad o en un pueblo, como el conjunto de los mortales.

Porque vivo en una isla, una isla diminuta, la más pequeña de un archipiélago de cuatro que se llama «los Quirones».



El resto de la población vive en Gran Quirón, donde está el único núcleo urbano digno de tal nombre, Puerto Atlántico. La isla más extensa, que se llama Fuerte Quirón, es desde hace tres siglos una base de la marina francesa; no he ido nunca. Valle Quirón es una reserva natural, marina y ornitológica, donde solo pasan temporadas los investigadores. Mi isla, que es de mi propiedad, la más modesta, se llama, curiosamente, Antioquía.

Creí durante mucho tiempo que era el único propietario. Me da cierta vergüenza hablar ahora de esto, con todo lo que está pasando. Pero, por si tuvieran que ser estas páginas las de un testimonio postrero y si alguien llegara a leerlas algún día, me veo en la obligación de contar por encima mi historia, mis orígenes, mi trayectoria, mi soledad libremente elegida... y por qué tengo ahora de vecina a una novelista que se llama Ève.

\*

Nací en Montreal, de madre estadounidense y de un padre que veneraba sus orígenes franceses. En la Segunda Guerra Mundial participó, como joven oficial, en el desembarco de Normandía. Al igual que otros miles de canadienses, pero para él aquello estaba más preñado de sentido. Había hecho indagaciones sobre sus antepasados y había descubierto que eran oriundos de aquí, precisamente de los Quirones, y que habían zarpado de Puerto Atlántico hacía tres siglos. Regresar a «su» tierra como liberador era para él la recompensa más hermosa.

Pocos meses después del desembarco, pidió un permiso de unos cuantos días para ir al archipiélago. Me

lo imagino aquí, gigante bigotudo de aspecto engañosamente británico, tocando y oliendo todo cuanto lo rodeaba con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

Lo llevaron a Antioquía. Esta isla diminuta tiene la particularidad de estar unida a Gran Quirón mediante un vado que se llama «el Paso» y que queda sumergido cuando sube la marea pero despejado cuando baja, lo que permite cruzarlo a pie enjuto dos veces al día.

Cuando estaba aún prendido en el hechizo, mi padre se llevó la sorpresa de enterarse de que las autoridades locales acababan de poner en venta el territorio de Antioquía. Como contaba con medios suficientes y era no poco impulsivo, lo compró todo en el acto. Luego anunció solemnemente que volvería a no mucho tardar para construir una casa en la isla y afincarse en ella.

No pudo cumplir su promesa. Nada más acabar la guerra, nuestra familia tuvo, por desgracia, graves reveses de fortuna. Mi abuelo materno, un industrial de Vermont, se vio en una situación difícil y mi padre, al intentar sacarlo a flote, se arruinó a su vez. A mis padres no les quedó más remedio que vender la casa de West Mount y mudarse a un piso sin alma. Mi padre aceptó un modesto empleo en una oficina, que seguramente debía de resultarle muy aburrido puesto que nunca hablaba de él. Se volvió taciturno y reservado, yo intuía su amargura. Los únicos momentos en que se le iluminaba la cara era cuando hablaba de la isla que tenía.

¡Antioquía!

Lo había vendido todo en Canadá para liquidar sus deudas, pero había conservado sus tierras lejanas, nunca pensó en venderlas. Tenía la esperanza de aho-

rrar algo de dinero para que pudiéramos un día cruzar el Atlántico, él, mi madre y yo, y poder construir una casa en nuestra isla.

Ese sueño pobló mi infancia, mi adolescencia y mucho más. Frente a la vida urbana, la rutina y los engorros, existía ese paraíso nuestro, solo nuestro, Antioquía. Podríamos vivir allí de lo que se diera en nuestro suelo y lo que se diera en el mar.

Si solo hubiera dependido de mí, me habría llevado a mis padres inmediatamente. Habría vendido cuanto nos quedaba, los muebles, la mitad de la ropa, me habría ido a la isla y habría construido mi cabaña con ramas.

La solución «Robinsón» tentaba a veces a mi familia, sobre todo a mi padre, en los momentos muy soñadores o muy desvalidos. Pero en el acto daban marcha atrás. No se puede vivir bajo un techo de ramas a orillas del Atlántico Norte, ni siquiera en un litoral acariciado por la Corriente del Golfo. Y, además, estaban, sobre todo, mis estudios. Lo que es yo, habría prescindido de ellos y habría escogido la aventura. Mis padres no lo veían igual que yo. «Si conseguimos que te admitan en una buena universidad, te habremos dejado algo mejor que una fortuna», decían.

Mi padre nunca volvió a ver Antioquía. Tampoco me vio nunca con un título. Yo tenía dieciséis años cuando se murió, y él, cincuenta y siete.

Creo que posteriormente he hecho lo que le habría gustado que hiciera. Me dieron becas para seguir estudiando en McGill y, después, en Harvard; cursé derecho, economía e historia de las civilizaciones; di clase dos años en Seattle, en el estado de Washington; trabajé tres años en Ottawa, en un bufete de abogados...

Antes de descubrir que tenía una única pasión y un único talento con el que me iba a ganar el pan: dibujar. Como me llamo Alexandre, adopté como nombre artístico *Alec Zander*, lo que no me exigió más que una levísima alteración gráfica.

Hace doce años murió mi madre en Montreal, prematuramente envejecida. Se había muerto ya dos veces: la primera, al dejar la casa de West Mount; la segunda, al despedirse de mi padre. Me atrevo a decir que le alegré los últimos años, pero ya estaba tocada y tenía muchos más vínculos «con el otro lado de la vida».

El día del entierro el tiempo era blanco y la tierra del cementerio estaba helada. Miré el paisaje que me rodeaba y luego, de uno en uno, todos los rostros: los compañeros con prisas, que miraban disimuladamente la hora; los vecinos solemnes; los primos olvidados. Y, de repente, me entraron ganas de ver el centelleo del sol en un mar amigo. Entonces les susurré a mis progenitores fallecidos: «Estudí para cumplir vuestros sensatos deseos. Ahora voy a cumplir vuestro sueño insensato».

«¿Antioquía?» Mis amigos sonrieron. Todos. «¡Te damos seis semanas!» Los más intrigados empezaron a rebuscar en atlas y enciclopedias. *Antioquía, en la actualidad Antakya, ciudad de Turquía a orillas del Orontes...* No, no era eso. *Paso de Antioquía, nombre del estrecho que separa la isla de Ré de la de Oléron, al oeste de Francia...* Eso ya se iba acercando, pero seguía sin ser «mi» Antioquía, que no figuraba sino en las cartas náuticas más minuciosas. Y, sobre todo —¡eso es lo más importante!—, en la escritura de compraventa que mi padre había conservado como oro en paño.

¿He dicho que mis amigos sonrieron y se encogieron de hombros? Yo también sonreí, a mi manera. ¡Qué os apostáis! Me fui. Solo, soberanamente solo. Pertrechado con mi escritura de la propiedad y mis escasos ahorros, pero, sobre todo, con una fuente de ingresos no desdeñable: un contrato de «redifusión» con diversos medios de prensa. El personaje que he creado, Groom, el trotamundos inmóvil, se las apañó para conseguir nada más nacer cierta popularidad que ha seguido adelante: por ejemplo, el año pasado mis dibujos se publicaron en la página de tiras cómicas de ochenta y dos periódicos de Norteamérica, Europa, Australia y otros lugares. Según las cláusulas de mi contrato, debo enviar a diario una breve tira de tres viñetas. Por supuesto que no las envió todos los días, sino en lotes de doce, una semana sí y otra no.

Esos dibujos míos podría haberlos mandado desde Nueva York, desde Honolulu o desde Singapur, ¿qué más daba? En mi isla trabajaba más y mejor. Por ejemplo, debo de tener en los cajones ahora mismo tiras preparadas para los cuatro próximos meses. Y me da tiempo a hacer otras muchas cosas, como esa viñeta de opinión que publico todas las semanas en *Le Moniteur Littéraire*.

\*

El primer año viví en un hostel de Puerto Atlántico. Mientras se construía mi casa.

Incluso aquí, en el archipiélago de los Quirones, se sonrieron al enterarse de que lo de vivir en Antioquía iba en serio. Sí que había habido allí tiempo atrás una aldea de pescadores, pero llevaba abandonada más de setenta años.

Yo solito iba a cambiar el régimen de la isla. De desierta se convertía en habitada. Población: uno.

Estaba convencido, al llegar, de que era también el único propietario. ¡Craso error! Mi padre lo había comprado todo, efectivamente, pero solo lo que estaba en venta, es decir, algo más de treinta y ocho hectáreas de una superficie de cuarenta y seis. Lo demás había seguido siendo del municipio, que aún no sabía si debía prescindir de ello o no. Creo que había también razones de principio: no querían que un hombre, y un extranjero de propina, súbdito de su Graciosa Majestad, pudiera convertirse en dueño de una isla entera. Mientras conservasen una parte, solo se cedía un terreno, no un territorio.

Fue seguramente por esa misma razón por lo que omitieron informarme cuando, hace siete años, las autoridades del archipiélago, acuciadas por la necesidad de dinero, decidieron vender el resto. Que compró por una cantidad elevada una novelista ávida de soledad: Ève Saint-Gilles.

No sé si con ese nombre suena aún una campanilla, como se dice en inglés... El libro que había publicado a los veinticuatro años se calificó como una obra maestra. Se llamaba *El porvenir ya no vive en esta dirección*. Considerada la portaestandarte de una generación despojada de todos sus ideales, despojada incluso de esa maravillosa razón para vivir que es la espera de las dichas futuras, Ève Saint-Gilles quedó bajo la luz escudriñadora de los focos. Elogiada, cortejada e idolatrada, pero también muy puesta en entredicho y a veces salvajemente vilipendiada, no le quedó más remedio que dejar su puesto en la universidad y acabó reñida con todos sus amigos y también con su familia.

Luego estuvo tres años corriendo mundo. En todas partes la aclamaban, una y otra vez. Pero también en todas partes la atacaban violentamente.

Cansada tanto de las polémicas como de las peregrinaciones, decidió un día que había llegado el momento de volver a sumirse por completo en la escritura. La estaban esperando, estaban esperando su segundo libro, el de la consagración. No llegó nunca. Entonces empezó a beber, en abundancia. Algunos periódicos hablaron también de cocaína y de anfetaminas...

No la conozco lo suficiente para saber qué la convenció para que viniera a afincarse a «mi» isla. Lo que sé con seguridad es que trece años después de su primer libro, sigue sin publicar el siguiente. Supongo que está en ello. En cualquier caso, no parece dedicarse a actividad alguna.

Ni tener vida social. En el archipiélago es conocido su nombre, pero la mayoría de la gente no la ha visto nunca. Solo van a veces a su casa los repartidores: los de la tienda de ultramarinos del puerto, el del pescadero que también tiene comida preparada y el de la farmacia; y también, de vez en cuando, el fontanero, el albañil o el electricista.

Por mi parte, fui a verla solo una vez, hace cinco años, poco después de que llegase. Me remordía la conciencia por haber despoticado cuando me enteré de que mi isla no iba a ser ya exclusivamente mía. Creía que entraba en mis obligaciones darle la bienvenida a aquella joven, como un vecino bien educado, y decirle que si alguna vez necesitaba algo...

Como no sabía su número de teléfono, fui sin avisar un domingo a eso de las cinco de la tarde. Llamé, esperé, volví a llamar. Me disponía a irme cuando la

puerta se abrió por fin. Mi vecina estaba en camisón. Sobre la marcha, me dio la impresión de que había interrumpido una siesta tardía; posteriormente, me enteré de que siempre se despertaba a eso de las seis de la tarde y que se iba a dormir a las diez de la mañana. La perfecta inversión de las costumbres humanas.

Con aquel comienzo, la visita resultaba delicada. Intenté sin embargo salir al paso lo mejor posible.

—Llego en mal momento, perdone, volveré en otra ocasión.

—No merece la pena. ¿A qué ha venido exactamente?

¡Bonito recibimiento! Estuve a punto de dar media vuelta e irme sin decir palabra. Preferí hacer gala de paciencia... ¡Cuánta paciencia tengo desde que vivo al ritmo de mi isla! Así que le solté, muy antipático:

—A nada importante. Me llamo Alexandre, soy su vecino y solo quería darle la bienvenida a la isla. ¡Bueno, pues ya está hecho!

Luego hice un leve saludo con la cabeza y me marché muy digno.

Había dado por lo menos treinta pasos cuando oí que mascullaban detrás de mí una palabra breve que tuve a bien interpretar como un «¡Gracias!». La puerta se cerró en el acto.

No vivimos la misma soledad, me dije para calmarme. Huye de los humanos, que está claro que la horripilan; yo, por mi parte, me he apartado del mundo para observarlo con mayor serenidad. Y quizá para entenderlo mejor, para abarcarlo mejor.

No le guardé rencor a esa mujer; preferí convencerme de que forcejeaba en un laberinto de problemas y que sufría por ello; no iba a agobiarla más. ¡Que Dios fuera misericordioso con ella!



Según me iba alejando de su casa para regresar a mi propiedad, mis sentimientos se iban atenuando. Llegué incluso a alegrarme de tener por vecina a una novelista muda, fantasmal y casi inexistente, mejor que a un latoso, a una charlatana metomentodo o a una banda de contrabandistas... Eso sí, para evitarle a mi serenidad pruebas demasiado duras, me prometí no volver a entrar nunca en la otra parte de la isla.

¿Nunca? Hasta ahora había cumplido sin mayor dificultad esa sensata promesa que me había hecho a mí mismo. Pero esta noche, por primera vez, me lo estaba pensando.

Habitualmente, cuando me pongo sociable, voy a Puerto Atlántico, a la taberna de los marineros, me tomo una copa o dos, trabo conversación con unos cuantos parroquianos y, luego, reconciliado con el mundo de mis semejantes, pero también reafirmado en mi deseo de soledad, me vuelvo a mi isla para enclaustrarme.

Hoy no había ni que pensar en ir allí. Puerto Atlántico se acuesta temprano; sus calles quedan en posesión de los perros y los gatos vagabundos que acuden a olfatear los cubos de basura. De todos modos, con el mar tan picado, ni siquiera habría podido atravesar «el Paso».

Así que anduve dando vueltas, rumiando mis angustias, repitiéndome que era seguramente uno de los últimos supervivientes del cataclismo, que la muerte invisible se me acercaba reptando como una niebla, que no tardaría en alcanzarme, que me envolvería en su veneno y me devoraría como los ogros de mi infancia, que quizá estaba viviendo mi última noche, que no

volvería a ver nunca más el sol ni el azul del mar, que, allá fuera, en el ancho mundo, había un montón de seres con una condena pendiente a quienes atenazaba la misma angustia, que lloraban o vociferaban o se susurraban palabras tranquilizadoras arrimándose unos a otros para sentirse más fuertes contra lo inevitable...

Ante eso, ¿qué valor tenían mis reticencias y mi amor propio de vecino despedido?

Así que iba a ir a ver otra vez a Ève Saint-Gilles. Debe de estar más que despierta, su día apenas acaba de empezar. Si me recibía con frialdad también en esta ocasión y me decía cosas desagradables, le respondería con otras no menos desagradables, la insultaría y le escupiría imprecaciones inmemoriales. ¿Qué tengo que perder?

Cuando era pequeño, el peor calificativo que podía oír en labios de mi padre era «grosero». Se trataba, desde su punto de vista, de la falta que no se podía perdonar en una persona, un gesto, una actitud o una palabra. Rendía culto a la cortesía, a la buena educación y a la elegancia del alma. Y yo lo he heredado con creces.

Pero ¿qué sentido tenían esta noche la buena educación o la cortesía? ¿Y qué valor tiene la elegancia del alma cuando ha llegado la muerte universal que nos va a convertir a todos en pasto de los gusanos?

Esta noche, me dije, seré grosero si es preciso. Me saltaré las conveniencias y también el amor propio. Iré a ver a esa mujer y le hablaré de mortal a mortal.

Fuera, seguía lloviendo. Me puse el impermeable amarillo de falso marinero. Cogí la más potente de mis linternas, que parece un farol de tormenta y salí.

\*

Al llegar a casa de mi vecina, llamé por guardar las formas y giré acto seguido el picaporte. Dentro, una luz pálida, seguramente la de una vela. Cerré la puerta, colgué el impermeable, que estaba chorreando, dejé los chanclos mojados en el suelo de la entrada, apagué la linterna y me encaminé hacia la fuente de luz.

La novelista estaba sentada a lo sastre en un sillón, arropada en un chal grande. Únicamente le asomaba una mano; enhiesta como la pluma de una *squaw*, sujetaba un vaso. Encima de la mesa, una botella de whisky y una radio que emitía el mismo pitido que las mías.

Miraba fijamente lo que tenía delante, la radio, la botella, su muñeca o el vaso. No se movió y no dio muestra alguna de que me hubiera visto entrar. Solo al cabo de un minuto largo acabó diciendo, al tiempo que meneaba el vaso:

—Si lo toma con hielo, dese prisa, dentro de nada se habrán derretido todos.

Me fijé en que tenía al lado, al alcance de la mano, una de esas neveritas que hay en las habitaciones de los hoteles. Di un rodeo en torno a mi vecina y su sillón y encontré sin dificultad, a la luz de la vela, un vaso bocabajo y unos cubitos de hielo todavía enteros; solo se les había ido la escarcha.

—Tardarán en derretirse. ¡Menudo frío hace en su casa!

Masculló con voz de fumadora:

—La calefacción eléctrica no funciona bien sin electricidad.

Sonreí y me pareció verla sonreír. Estaba claro que esta noche en su casa hacía menos frío que en mi anterior incursión.

Me senté frente a ella, en un sillón idéntico al suyo, y me puse un chorro de whisky encima de mis tres o cuatro cubitos. Un silencio. Que habría podido alargarse. Así que dije, por aquello de entablar conversación:

–¿Ha podido enterarse de algo?

–Según mi radio, al parecer «uizzuizzuizz...»

Y se puso a imitar el peculiar sonido. Volví a sonreír. Bien pensado, no era tan mala idea haber ido a ver a mi vecina.

–¿Siempre es usted tan flemática? –pregunté con una pizca de mala fe.

–No. Solo en temporada de cataclismo nuclear.

Se me quedó congelada la sonrisa. Así que lo que para mí no era sino una hipótesis y un temor para ella era una certeza.

–¿De verdad cree que han sido capaces de hacer algo así?

Mi vecina me contestó sin volverse hacia mí:

–¿Ha jugado alguna vez al voleibol en la playa? Se lanza el balón de mano en mano, das un salto para alcanzarlo, devuelves el tiro, te agachas para atraparlo, te ríes, gritas, vas de un lado para otro. Pero hay un momento, antes o después, hagas lo que hagas, en que el balón cae al suelo. Bum.

Nuestros cubitos tintinearón al mismo tiempo mientras nos llevábamos el vaso a los labios.

–A lo mejor deberíamos encender el fuego.

–Si quiere... –dijo–. Hay leños y ramitas cerca de la chimenea, y periódicos viejos debajo de la mesa.

En cuanto se alzaron las llamas, apagué la vela; luego me volví a sentar diciendo, como si me hablase a mí mismo:

—Cuando pienso que un cataclismo así ha podido ocurrir mientras estaba en mi casa, inclinado encima de la mesa de dibujo, sin sospechar nada. Seguramente ha habido unas explosiones tremendas, unos hongos gigantescos, ni he oído nada ni he visto nada. Un día tétrico, ¿verdad?

—Los hombres se lo han ganado a pulso.

Hice una pausa antes de replicar:

—Yo conozco algunos que no se lo han ganado.

—Yo no conozco a ninguno.

Tenía ahora en los ojos una crueldad casi infantil. Lo que me movió a eludir la discusión de fondo; y le contesté, con tono animado:

—Pensándolo bien, hay pese a todo ciertas personas a las que me gustaría salvar. Unos amigos, una ahijada, unos cuantos vecinos...

—Yo no. Ni amigos, ni familia, ni ahijados. Y lo que es los vecinos...

Hizo con la mano y el brazo un gesto obsceno. Le repliqué, en tono de reproche:

—Yo, la verdad, es que a la gente del archipiélago la salvaría si pudiera. Empezando por los pobladores de Antioquía...

A decir verdad, no era muy sincero. Estaba jugando, nada más; pinchando a mi vecina. Pero aquella cordialidad, por algún motivo, dio en el blanco. Se volvió hacia mí, por primera vez con una sonrisa de mujer. De la cual, por lo demás, no tardó en prescindir, como si la hubiera traicionado. Luego refunfuñó a un volumen apenas audible:

—Más vale acabar la vida con un toque amable. Aunque sea mentira.